

AYUSO, Miguel: *¿Después del Leviathan? Sobre el Estado y su signo*, Madrid, Speiro, 1996, 192 págs.

El profesor Miguel Ayuso, que empieza a tener a sus espaldas una producción no despreciable, cierra en este su quinto libro una serie de temáticas que habrían asomado aquí y allá por entre sus escritos de los últimos años y que ahora reciben tratamiento orgánico y sistemático. Es frecuente leer, entre los autores que compilan en un volumen sus ensayos dispersos de un período de tiempo, la explicación de que son fragmentos de un mosaico y que reside en ellos una profunda unidad. En puridad, rara vez ocurre así. Ayuso, por contra, se ha tomado la molestia de sentarse a desarrollar nueva y enteramente la cuestión, sin limitarse a aderezar materiales ya publicados. Lo que no quita para que se pueda reconstruir el hilo genético de su discurso a través de las referencias que al pie de la página va dejando y que, lejos de la tonta autocita, son rastros de cada fogonazo.

Así, nos encontramos con una obra en la que el autor nos deja lo más nuclear de sus inquietudes últimas. Y lo hace, discretamente, sin pretensiones, dentro de las dimensiones de un libro de bolsillo —lo que es de agradecer en un género y una temática demasiado frecuentemente azonados por la desmesura—; y lo hace también humildemente, consciente de los riesgos que una situación fluida como la presente lleva consigo para fijar correctamente los datos con que hay que contar y las tendencias que parecen adivinarse, tributando con frecuencia a los maestros —que son los suyos— del pensamiento tradicional contemporáneo, pese a la elevada dosis de originalidad que late en todas y cada una de sus páginas.

Siguiendo una sugerencia orsiana —de Alvaro d'Ors—, divide el libro en tres partes —retrospectiva, perspectiva y prospectiva—, de proporcionada extensión aunque desigual importancia. Sin duda puede apreciarse en la primera una razón didáctica y polémica sobre el origen histórico del Estado como forma histórica de encarnar la perenne comunidad política y sobre sus evoluciones ulteriores. Con todo su interés, y hay multitud de pequeños detalles que sería dable colacionar aquí, es quizá la parte menos relevante, según el propio autor se encarga de estampar en la conclusión.

La segunda, en cambio, a mi juicio logradísima en la selección y tratamiento de los problemas más destacados, pone muy netamente en su sitio la crisis contemporánea del Estado. En cinco niveles: «El primero es el de la quiebra de la soberanía, entre la integración supranacional y la desintegración infrarregional, con el corolario de la eclosión nacionalista. El pretendido “retorno” de la sociedad civil, ante el retroceso palpable de “lo político”, centra el segundo de los niveles de investigación. A continuación hallamos la reconsideración del papel del Estado en la economía. En cuarto lugar, es el propio descrédito del sistema político dominante —a pesar de que, como en un espejismo, se le viera no hace

mucho campante en el esplendor del «fin de la historia»— el que nos introduce de lleno en el desencanto y el agotamiento. Finalmente, la cuestión del pluralismo despunta de nuevo en el paradigma de la “multicultura”. Interpreta el autor que es el signo de la postmodernidad el que marca la secularización radical y disolución total de las religiones civiles. Así como que es la situación de crisis la que determina la oscilación entre signos contradictorios, perceptibles también, y bien claramente, en los síntomas descritos.

Finalmente, la tercera, que busca la solución en «otro» plano del que suele estar presente en la *intelligentzia* dominante, está plagada de atisbos interesantes, aunque quizá nos gustaría muchas veces un mayor desarrollo. No sé por qué, pero pienso que el profesor Ayuso trabaja ya en esa dirección. Ante la crisis del Estado, observa el autor la operatividad de esos signos contradictorios que acabamos de mencionar: «Defender la realidad española, aun hipertrofiada en alguna medida, puede resultar necesario. Pero, al tiempo, no parece menos cierto que la tendencia claramente perceptible hacia un regionalismo funcional reúne ventajas indubitadas respecto de la rigidez estatal. La sociedad civil puede no ser hoy más que un agregado un tanto informe de *lobbies* y grupos de presión, en lugar de un cuerpo vivo, pero el retorno de una sociedad civil —cualquiera que sea— introduce factores de vitalidad e iniciativa que parecen salutíferos para una coyuntura avejentada. La crisis del Estado del bienestar, tanto como contribuye a reducir el coloso estatal a límites más razonables —hay quien quiere que incluso al mínimo indispensable—, dejando de paso malherida a la malsana utopía socialista, consagra el reinado del neoliberalismo que, al malentender el principio de subsidiariedad —que en su acepción recta supone tanto, según los casos, abstención como ayuda—, propicia la injusticia y la insolidaridad. La decadencia de los mecanismos representativos y aun de toda la maquinaria política augura el final de cierta mitología, pero apenas acierta a maquillar las fauces de los grandes intereses y de las grandes frustraciones y marginaciones. El exacerbado pluralismo político y cultural permite, por una parte, recuperar sectorialmente el sentido de la comunidad, pero a costa de destruir la convivencia en niveles superiores. *Et sic de coeteris...* Por ello, en consecuencia, al derribar el Estado moderno se corre el riesgo de disolver algo más profundo y estable, la propia comunidad política. De nuevo, como en tantos campos de conocimiento, nos movemos entre las contradicciones de la postmodernidad».

¿Hallazgos? Muchos: el análisis de la postmodernidad política como telón de fondo de todos los problemas luego abordados; el multifronte y comprensivo, mas no por ello menos crítico, acercamiento a los nacionalismos; la consideración del activo, pero también del pasivo, de la construcción europea; la paradoja del «débil» Estado providencia, coloso con pies de barro; la prioridad de la filosofía política del bien común sobre la pura ingeniería constitucional, etc. Pero no tiene sentido desbrozar más un contenido de suyo rico y que el lector debe recorrer por su cuenta, deteniéndose más o menos en unas u otras sugerencias.

Baste tan sólo destacar, como conclusión, que es la hegemonía liberal la que aparece como gran tentación —como gran mal, al haberse cedido a la misma— de nuestro tiempo, pues todo, hasta el socialismo, encuentra su origen en la falsificación liberal que demolió todo en nombre de la libertad y después alentó la reconstrucción de los poderes encubiertos. Diagnóstico que a muchos les parecerá acerado, que otros reputarán reaccionario, pero que refulge nítidamente de un reflexivo y cuidadoso esfuerzo elucidador que merece ser atendido.

JOSE JOAQUIN JEREZ

